

Jesucristo, Rey del Universo / A

Celebramos este domingo la conclusión del año litúrgico con la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo. Durante todo el año nos hemos adentrado en los misterios de la vida del Señor de la mano del evangelista Mateo y hoy como culmen de ese ciclo se nos presenta a Cristo, Señor del tiempo y de la historia, meta hacia la que camina la humanidad y la creación entera. Su reinado, comenzó ya con su nacimiento, tuvo su momento clave en la Pascua, cuando tras su resurrección fue exaltado a la derecha del Padre desde donde reina glorioso, y será al final de los tiempos cuando llegue a plenitud, cuando toda la creación se le someta y la muerte sea aniquilada (cf. segunda lectura). Es importante tener en cuenta este carácter dinámico del reino: ser una realidad ya verificable pero que avanza progresivamente madurando hasta el final de los tiempos.

Esta fiesta fue instituida por el papa Pío XI en 1925 ante la descristianización que sufría Europa tras la primera guerra mundial, donde la doctrina social y moral de la Iglesia era ignorada y la paz entre los pueblos se veía amenazada por las ansias de poder de los hombres. Pretendía así que los cristianos reconocieran la soberanía universal de Cristo y se instaurara el único reino que lleva a la paz y potencia la vida humana en todas sus dimensiones. Las circunstancias que vivimos hoy en día no son muy diferentes de aquellas que impulsaron al papa a establecer esta fiesta. Salvando las distancias, también nuestras sociedades viven alejadas de la doctrina de la Iglesia y el laicismo creciente desprecia los valores cristianos a pesar del beneficio que aportan a la vida humana. Sin embargo, los cristianos sabemos que sólo Cristo ofrece una vida verdaderamente humana que da a los hombres y mujeres la felicidad.

La misa de este domingo debe ser especialmente festiva y destacar respecto a los domingos precedentes: las flores, los adornos, el canto, las vestiduras litúrgicas, el incienso, la alegría... Podríamos sustituir el acto penitencial por la aspersion con el agua bendita para recordar que el bautismo nos hizo ciudadanos del reino. Convendría hacer hincapié, también, en la petición del Padre nuestro: *venga a nosotros tu reino*. Los textos bíblicos y eucológicos, si siempre son importantes, hoy todavía más, ya que nos muestran los rasgos del reino que Cristo vino a instaurar, un reino muy diferente de los que conocemos en este mundo.

* REY SEMEJANTE A UN BUEN PASTOR

La primera lectura junto con el salmo asemeja a nuestro rey a un buen pastor. El rey, como el pastor, está al servicio de su pueblo, de su rebaño: se preocupa por sus súbditos, como el pastor por sus ovejas (*yo mismo en persona buscare a mis ovejas*), los defiende y salva del peligro (*las libraré, sacándolas de todos los lugares donde se desperdigaron*), les alimenta (*yo mismo apacentaré mis ovejas*), atiende a quien está enfermo (*vendaré a las heridas, curaré a las enfermas*).

* RASGOS DEL REINO

El reino que Cristo nos ofrece no se rige por las categorías humanas. Los reyes y reinos que conocemos suelen buscar el poder, la riqueza, la ambición, el dominio, la fuerza... En cambio el reino de Cristo es muy diferente: es un reino que siembra *paz y unidad* entre sus miembros (oración sobre las ofrendas); es *el reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz* (prefacio). Aprovechemos todos estos rasgos que recoge la eucología de hoy para presentar la esencia del reino.

* LO MÁS IMPORTANTE: EL AMOR

El eje vertebrador del reino de Dios es el amor, el ejercicio de la caridad. Así lo afirma el mismo Jesús a través de la parábola que se nos proclama en el evangelio. Al final de nuestra existencia terrena seremos examinados del amor ejercido con el prójimo. Entraremos a formar parte del reino definitivo si hemos dado de comer al hambriento, si hemos dado de beber al sediento, si hemos hospedado al forastero, si hemos vestido a quien está desnudo, si hemos visitado a los enfermos y encarcelados...

Cualquier alumno soñaría con conocer las preguntas del examen final. Nosotros tenemos esa suerte: Cristo nos las ha revelado. Ahora bien, como dice el refrán: del dicho al hecho hay un trecho. Esto es, conocerlas no es suficiente. Hay que llevarlas a la práctica, hay que *obedecer los mandatos de Cristo para poder vivir eternamente con él en el reino de los cielos* (oración después de la comunión).

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI